



¿QUE PROYECTO POLITICO EUROPEO?

José Luis Buhigas, Enrique Barón, Manuel Azcárate

Carlos Luis ALVAREZ «CANDIDO»

El título de este acto: «Qué proyecto político Europeo», entraña dos grandes preguntas: la primera, qué característica tendrá o debe tener el espacio político europeo y, segunda, cómo se gobernará ese espacio. El debate es muy oportuno porque faltan cuatro años para el 31 de diciembre de 1992, fecha en la que culminará el proceso de construcción del mercado interior. En el Acta de Roma estaban implícitas las pretensiones de destrucción de las fronteras, es decir, las libertades fundamentales de libre circulación de personas, de mercancías, de servicios y de capitales. Sin embargo, el Acta Unica añade precisiones reglamentarias y un instrumento decisivo, la eliminación de la regla de la unanimidad para casi todos los aspectos de la vida comunitaria. Esto entraña una situación fundamentalmente política. Se cumple así el sueño de Jean Monnet, de Konrad Adenauer y de Paul Henri Spaak, los viejos padres de la unidad europea.

Pero, este proyecto no está libre de problemas ¿Va a implicar la desaparición de las fronteras interiores una frontera exterior o que Europa recabe para sí misma los beneficios que provengan de esa unidad? El símbolo de la muralla es peligroso porque todo lo que es muralla, línea o fortaleza se vuelve enseguida muy vulnerable y, por lo menos señala el camino de las inversiones. Al decir esto estoy pensando en las aspiraciones comunitarias de Marruecos, de

Turquía, de ciertos países de Africa del Norte y también hay que contar con los efectos de la *perestroika*.

Para hablar de todo ello contamos con José Luis Buhigas, Enrique Barón y Manuel Azcárate.

José Luis BUHIGAS

A través de una serie de consideraciones que podríamos dividir en cuatro partes voy a intentar dar respuesta a la pregunta que se nos plantea para el debate. Partiremos de la situación actual en materia de seguridad en Europa y en el mundo. Después trataremos de explicar el papel del pilar europeo en la Alianza y en la construcción de la Europa política. La tercera parte estará dedicada a la UEO y, la última, a la necesidad de crear un sistema de seguridad autónomo para Europa ante posibles amenazas.

En la introducción habría que partir de un hecho evidente: España ha terminado una etapa constituyente en materia de defensa con el cumplimiento del decálogo de seguridad, que a su vez cumple con las condiciones estipuladas por el referéndum sobre la OTAN, con el ingreso en la UEO y con la aprobación en el seno de la OTAN de las misiones militares para España al margen de la estructura militar integrada. Es la primera vez que España llega a tiempo y en buenas condiciones a un debate sobre seguridad en Europa.

Después de haber sentado esta premisa, hagámonos la primera pregunta: ¿cuál es el contexto internacional en estos momentos? La característica fundamental es que, por primera vez en muchos años, hay un panorama optimista a causa del proceso de desarme y del predominio de los factores políticos sobre los militares. Esto ha sido posible por un problema común a las dos superpotencias: la asfixia económica en la medida en que los gastos militares adquieren cada vez un peso más insoportable. En la URSS alcanza el 15% de su PIB y en EEUU ha producido el mayor déficit público de su historia. Otro aspecto importante que se deriva de los acuerdos de desarme es la desideologización de la política de defensa. En la cumbre de Ginebra de 1985 Reagan y Gorbachov firmaron una declaración conjunta según la cual se establecía que una guerra nuclear nunca podrá ser ganada y, por lo tanto, nunca podrá ser librada. Sin embargo, es curioso constatar que en los países del Este subyacen todavía dos posturas contrapuestas: mientras Gorbachov afirma que las relaciones Este-Oeste no son una prolongación de la lucha de clases y eleva a valor superior de las relaciones internacionales los derechos supremos de la humanidad,

por ejemplo, el ministro de Defensa de la RDA dice: «Son necesarias garantías militares para un orden económicamente sano, política e ideológicamente firme y protegido de manera segura. Es y será indispensable garantizar en todo momento la protección militar del socialismo.»

Paradójicamente en este momento el debate se abre a raíz de la firma del acuerdo INF, por el que se desmantelan los misiles Pershing y Cruise. Con esto se ha sembrado la inquietud en un sector importante de los dirigentes europeos. Se teme que con la eliminación de los misiles de alcance intermedio se rompa un eslabón de la doctrina de la respuesta flexible. Resumiendo esta doctrina, vendría a decir que frente a un ataque la primera respuesta sería la defensa convencional, si se produjese una superación de esta defensa habría que utilizar armas nucleares tácticas, si éstas tampoco son suficientes se debería responder con euromisiles de alcance intermedio y, en último caso, se recurriría a la respuesta estratégica. Evidentemente, todo lo dicho es pura teoría militar, pero dentro de este esquema la ruptura del eslabón intermedio, es decir, el correspondiente a los euromisiles, supone desde el punto de vista político el desenganche del paraguas nuclear norteamericano respecto a Europa. Con lo cual, en pura teoría militar, sería factible una guerra nuclear limitada al teatro europeo de operaciones, aunque esto no se corresponde con la realidad política.

Pero, de todas formas, la situación creada por el acuerdo abre un debate en el que hay que plantearse, y Europa ya lo hace, una serie de preguntas importantes: ¿sigue siendo válido el principio de disuasión nuclear o existe un sistema alternativo de disuasión convencional que lo pueda sustituir? ¿es conveniente la opción triple cero para Europa? ¿cuál será la evolución previsible de la política norteamericana bajo el mandamiento de Bush? ¿qué papel tiene el pilar europeo en la OTAN?... Son los grandes interrogantes a los que habría que dar respuesta.

El arma nuclear ha sido desde la segunda guerra mundial el único elemento disuasorio decisivo para que el mundo no haya conocido una nueva confrontación, porque a lo largo de estos años han existido otros elementos objetivos para propiciarla. Sin embargo, hay que matizar el principio de disuasión nuclear. Se debe rechazar siempre que se utilice como arma de intimidación política o susceptible de ser utilizada en un campo de batalla. La disuasión nuclear sólo es aceptable si su papel se reduce a una disuasión contra un ataque nuclear ajeno.

En este momento el dilema europeo respecto a la modernización de las fuerzas nucleares es aceptar o no la opción triple cero. Es hoy el gran debate abierto, sobre todo en Alemania porque es allí donde están destinadas a emplazarse las armas. Resulta obvio

que, dada la simetría de fuerzas convencionales existentes entre la OTAN y el Pacto de Varsovia en el frente central, es indispensable como paso previo a la opción triple cero un equilibrio convencional estable. Este se puede conseguir de dos maneras: o bien con una disminución sustancial del potencial ofensivo del Pacto de Varsovia o bien con un aumento sustancial de la capacidad defensiva de la Alianza Atlántica en primera línea de fuego. Por razones obvias es preferible la primera opción y, en este sentido, la oferta de desarme bilateral de Gorbachov es enormemente positiva porque facilita el clima de confianza política indispensable para las conversaciones, hasta el punto de que el propio George Schultz ha dicho recientemente que la guerra fría ha muerto. Por lo tanto, todo el proceso de negociación tiene que estar presidido por una idea muy clara de que los conceptos militares, defensa y disuasión, y políticos, desarme y distensión, son conceptos complementarios y no se pueden desligar.

Pero, ¿cuál va a ser la política de EEUU en los próximos años bajo la Administración Bush respecto a Europa? Teniendo en cuenta que en política nuclear va a seguir los últimos pasos de Ronald Reagan será una política continuista, pero con la ventaja para su propia estrategia político-militar de que ha entrado recientemente en servicio los misiles Trident de la última generación. Estos van a dotar a los submarinos y tienen un error circular probablemente escasisimo, inferior incluso al de los misiles instalados en tierra. Esto quiere decir que son capaces por su precisión, de la que carecían hasta ahora los misiles instalados en submarinos, de ser utilizados no con un carácter de represalia contra las ciudades, sino contra los silos reforzados del adversario. En estas circunstancias EEUU se puede permitir prescindir de una parte importante de arsenal estratégico y empezar rápidamente unas conversaciones START para la reducción de misiles nucleares sin merma e incluso acrecentando, su capacidad estratégica: Además, probablemente EEUU trate de ir desmantelando paulatinamente sus sistemas nucleares basados en tierra a sistemas nucleares basados en mar y de desplazar sus bases en Europa y en países aliados porque le crean problemas de opinión pública importantes.

Desde esta perspectiva internacional cabe plantearse cómo va a ser la construcción de la política europea de defensa. Europa tiene su propia visión del mundo, que no tiene porqué coincidir con la de su aliado norteamericano. Europa es también Varsovia, Budapest o Praga. Para nosotros no sólo son parte de la competencia Este-Oeste, sino también de nuestra historia y no queremos borrarla ni de ella ni de nuestro futuro. Esto quiere decir que no debemos invertir los factores. Tenemos que construir una Europa política, económica y cultural que extienda su voluntad de solidaridad a la defensa y no al revés, porque además no habría ninguna posibilidad de sustentar una defensa sin un fundamento político. En este

momento la postura correcta es abandonar actitudes aislacionistas o insolidarias, puesto que se trata de ampliar las competencias del Parlamento europeo.

¿Qué papel juega el pilar europeo de la Alianza Atlántica? Hay una ambigüedad deliberadamente calculada que es más una virtud que un defecto. De igual manera que la Constitución española en materias conflictivas se ha planteado de forma lo suficientemente ambigua como para permitir una gama de interpretaciones muy amplia, respecto al pilar europeo se están viendo posturas netamente diferenciadas. Tenemos desde la postura de Margaret Thatcher que dice que «la mejor manera de construir una Comunidad Europea próspera es a través de una cooperación decidida y activa entre Estados soberanos independientes» y, por lo tanto, rechaza la pérdida de soberanía, hasta la posición antagónica del Presidente del Gobierno español que señala que los ciudadanos pueden sentirse a la vez belgas y europeos o franceses y europeos y que no tiene por qué haber una pérdida de soberanía en la construcción de Europa, sino su ejercicio compartido. Para mí, en esta controversia, Margaret Thatcher incurre en una contradicción evidente: si su modelo favorito es el de EEUU, no se olvide que EEUU es un modelo federal y que esto es lo que se pretende construir en Europa.

Por otro lado, quedà claro que Europa debe cambiar el tipo de relaciones hegemónicas con EEUU, aunque no debe construirse en su contra. El ministro francés de Defensa dice: «no es sano que 320 millones de europeos confíen eternamente su propia seguridad a 250 millones de americanos». Y Bresinski lo dice aún más claro: «debería ser lógico que 374 millones de europeos en una economía de 3.500 billones de dólares no tuvieran necesidad de ser defendidos por 241 millones de americanos con una economía de 4.000 billones de dólares, y además de cara a un adversario de 275 millones de habitantes con un Producto Nacional Bruto de 1.900 billones de dólares». Sin embargo, aunque las cifras son claras, hay quien se opone a la autonomía europea en este campo. Un ejemplo es Kissinger, aunque desea que los europeos tengan una mayor participación en los gastos de defensa, en realidad tienen miedo a una mayor autonomía de Europa. Pero es que los datos que se aportan desde EEUU no son correctos. Se dice que Europa contribuye poco a su defensa y lo cierto es que en los últimos 17 años el crecimiento del gasto militar europeo fue de un 34,5%, mientras que en el mismo período el americano fue de 14,7%. Kissinger ataca la idea expuesta por Gorbachov de la casa común europea porque cree que ningún líder occidental ha tenido el valor hasta ahora de señalar la parcialidad e incluso el absurdo de tal idea. Dice: «en primer lugar, esa Europa excluye a los EEUU, que es la fuente de la seguridad europea». Nadie discute que hoy por hoy EEUU es la fuente de la seguridad europea, pero Kissinger hace mal en ignorar

la geografía. Europa y la Rusia Blanca son geográficamente parte común, mientras que no lo son Europa y EEUU, aunque sean aliados.

De cara a 1992 nos encontramos con el reto de construir el espacio económico común. Si es cierto que organizaciones como la OTAN nacen con el leitmotiv de defender un sistema de valores comunes a las sociedades democráticas, no es menos cierto que espacios económicos afines y con el común denominador de ser sistemas democráticos engendran intereses políticos similares, que inexorablemente acaban planteando un sistema de seguridad común. Dado que sus intereses y percepciones de la seguridad no tienen porqué coincidir con la de sus aliados e incluso a veces divergen, no pueden permanecer constantemente confiando su seguridad a estos aliados. EEUU confirma esta tesis tanto con las bases europeas como con sus soldados en primera línea de combate. Lo fundamental para ellos no es defender a Europa, sino en primer lugar defenderse a sí mismos; conciben su presencia en Europa como una defensa adelantada de EEUU. Por lo tanto, no deberían ver con malos ojos un proyecto político autónomo de seguridad europea, ya que la defensa adelantada les saldría gratis. Sin embargo, la autonomía en materia de defensa conlleva la autonomía política, y quizás ésta sea la base de todo el proceso.

En este proceso cuál es, entrando en la tercera parte, el papel de la UEO en la construcción de Europa. En la actual formulación jurídica de la Comunidad los temas de defensa sólo pueden ser tratados en su vertiente político-económica y no en la militar. Existen otras vías de coordinación multilaterales, como el avión de combate europeo, o bilaterales, como la brigada franco-alemana, pero el único foro especializado en materia de defensa es la UEO. El problema básico, en estos momentos en que Europa crece económicamente y hay contactos directos con el CAME y los países neutrales de la EFTA que quieren incorporarse al proceso económico, es que el Acta Unica supone una coordinación de los países miembros en materia de política exterior. Esto ya entraña dificultades para los países neutrales, pero si además la coordinación de la política exterior se extendiese a la política de defensa se les haría imposible su ingreso por vías colaterales a la Comunidad. Por lo tanto, que se desarrollen los temas militares al margen de la CE facilita un proceso en paralelo de construcción europea mucho más amplio.

Por otra parte, la UEO tiene otro problema fundamental. Para que los europeos dispongan de un sistema de seguridad autónomo y no sean meros convidados de piedra en las conversaciones de desarme que celebran las dos superpotencias precisan de un sistema de verificación por satélite. Como dice un informe de la UEO, las naciones europeas no pueden esperar verse implicadas en las

discusiones Este-Oeste o ser signatarias de tratados multilaterales sin una capacidad independiente para controlar el cumplimiento de los tratados. Como gráficamente señalaba Andrés Ortega, los aliados europeos de los EEUU son casi ciegos: dependen del hermano mayor para ver al adversario, para ver los desplazamientos militares y para obtener sus propios datos.

Y termino, porque comentaré el cuarto punto durante el debate, con una idea básica en la cooperación militar europea. El gasto militar es hoy necesario porque es necesaria la propia existencia de la disuasión. Por lo tanto, la guerra no puede concebirse bajo ningún concepto como negocio, pero la defensa sí tiene que ser lo más económica posible. Ello implica que la autarquía industrial de los países europeos debe ceder ante la cooperación internacional, especialmente cuando se ve amenazada por la competitividad comercial de EEUU, como es el caso del avión de combate europeo. Desperdigar fuerzas multiplicando sin razón los gastos de investigación y desarrollo de cada país por separado, con lo que se favorece la competencia extraeuropea, es absurdo. Los sistemas de armas tienen que concebirse unitariamente, so pena de que sean ineficaces o incompatibles entre sí. La cooperación europea no puede restringirse a productos acabados, sino que debe ampliarse a la tecnología que los componen. Con ello se abarata la defensa, se evita la dependencia exterior y se da soporte a la autonomía política. Se debe garantizar una transferencia de tecnología sin obstrucciones, evitando el despilfarro de inversiones millonarias en productos que muchas veces nacen superados.

Enrique BARON

Cuando se habla de Europa nos podemos referir a la Europa de la voluntad que es la Comunidad de los doce Estados en proyecto de unión política, a la Europa de la libertad que es la Europa de los Estados del Consejo de Europa, a la cual se podrían añadir países como Malta, Yugoslavia, Turquía o Chipre, o a la Europa continente, la Europa que Gorbachov llama casa común, que posee la característica de tener al menos dos comunidades de vecinos. Es interesante hacer esta precisión porque estos distintos niveles existen y no podemos ignorar que Europa no se agota en la Comunidad. Tampoco podemos olvidar otro dato: la Europa en proceso de unión incluye a España. Nosotros estamos insertos directamente en un proceso político, económico y social muy importante, hablaré del proceso de unión en relación con el 92, pensando en España desde una perspectiva europea y siguiendo fundamentalmente algunas de las grandes líneas que estamos desasistiendo en la Comisión «Manifiesto» de la UPSCE (Unión de Partidos Socialistas de la Comunidad Europea).

Afortunadamente, el debate europeísta ya no es exclusivo de los federalistas convencidos o de los diputados al Parlamento europeo. Desde el verano todos los jefes de gobierno miembros del Consejo Europeo nos han brindado un debate público muy importante y significativo. Comenzando por Margaret Thatcher. Hay que decir en su honor que es una persona muy firme en sus convicciones y que juega muy bien sus cartas. Ella ha iniciado la campaña electoral con una perspectiva puramente británica, diciendo cosas importantes en el discurso de Brujas. Por ejemplo, que estaba a favor de la Europa de la defensa, a favor de una Europa que fuera una alianza de Estados y reivindicó la naturaleza europea de Gran Bretaña. Anunció, además, la primera emisión de bonos en ECUS por parte del Tesoro inglés, lo que confirma la idea de Jean Monnet: a los ingleses les gusta más hacer cosas que comprender ideas. Pero ocurre que su planteamiento de alianza de Estados choca con un hecho palmario: la Comunidad con el principio de las decisiones por mayoría, tal como se planteó en el año 50 y luego interrumpió De Gaulle, tiene una lógica supranacional que supera lo que pudo ser la Santa Alianza en el siglo XIX en la que también participó Inglaterra. A pesar de su reciente enfrentamiento en la Cumbre de Roda, el debate no se restringe a Margaret Thatcher y Felipe González, sino que se produce entre la mayoría de los líderes comunitarios, y no sólo los socialistas. La misma semana de la conferencia de Brujas, Jacques Delors, su máximo rival en la Comunidad, convirtió al europeísmo a los sindicatos británicos, a los Trade Unions Congress, —siempre opositores feroces a la Comunidad—. Le recibieron cantando el «frère Jacques» y además aprobaron una resolución totalmente favorable. En este mismo sentido, la voz más clara que se ha levantado criticando los planteamientos de Margaret Thatcher y reafirmando las condiciones federalistas y europeístas ha sido el primer ministro belga W. Martens. Ello es de subrayar porque se trata de un país en el que es difícil ver cualquier pronunciamiento político en términos claros. En igual medida se han pronunciado el canciller Kohl, el primer ministro de Luxemburgo y los italianos. Cito a líderes democristianos para que no se hable sólo de conservadores británicos y socialistas continentales.

Estos planteamientos son ilustrativos y abren un debate muy importante sobre qué tenemos que hacer: si elegir la opción de sectores del empresariado y conservadores europeos, es decir, aprobar las 300 directivas que constituyen el Libro Blanco, hacer el mercado interior y crear una especie de «Duty Free Shop Center» o elegir la opción de consolidar como modelo europeo lo que está consolidando a nivel nacional, es decir, una Europa que proporcione mayor bienestar, empleo y mejores condiciones de vida: una Europa unida, próspera, solidaria, habitable, democrática y abierta al mundo.

Esta última opción expresa la necesidad de conseguir para el 92 el desarrollo armónico de un programa global con varios frentes que deben avanzar simultáneamente y en paralelo. Uno es la realización del mercado interior, que exige lo que se llama en términos comunitarios la estrategia cooperativa de crecimiento para crear empleo: unas políticas económicas coordinadas y con objetivos comunes. Unido a esto, se debe conseguir en el 92 la unión económica y monetaria, o posteriormente a esta fecha, la cual supone una política económica común y una moneda única, lo que en definitiva requiere tener un sistema de reserva federado. Nosotros debemos plantear también una gestión responsable y democrática en el aspecto monetario y, a la vez, la necesidad de que alguien haga una política económica coordinada. Otra parte importante del proyecto es la cohesión económica y social, una de las frases que se introdujo en el Acta Unica para indicar el avance en el desarrollo armonioso. El problema de la palabra cohesión es que la comprendemos bien los latinos, pero suena horrible en inglés y no se entiende en alemán. Lo que se quiere expresar con ella son los planteamientos de solidaridad en distintas dimensiones. Una, interterritorial entre los distintos países y regiones de la Comunidad. Y segunda, el correspondiente a la Europa social en varios sentidos. Uno, la cohesión de la fábrica y montaje de las sociedades europeas en unos procesos de transición rápida. Dos, la garantía de que no se va a llegar a la Europa de la desregularización, sino a una Europa uniforme a partir de niveles de democracia social e industrial y de protección más elevados. Un tercer elemento; que a veces a nosotros nos suena como si se quisiera llenar todo de macetas, es el de la supervivencia. Así como para nosotros la primera prioridad es la creación de empleo, para los europeos del Norte, que disfrutaban del Estado de bienestar y una situación de empleo bastante desahogada, el medio ambiente y las consecuencias de la destrucción de la Naturaleza es un tema de primera magnitud. Otra idea fundamental es la construcción democrática de Europa. La Comunidad está formada por doce democracias parlamentarias que se inspiran en valores democráticos fundamentales y, sin embargo, en cierto modo la comunidad no funciona democráticamente. Alguien ha dicho que si la Comunidad con su estructura actual solicitara su ingreso en la Comunidad, no se le concedería por antidemocrática. En este momento no hay en la Comunidad un sistema de funcionamiento democrático tal y como lo entendemos en nuestros países. Todos estamos de acuerdo en que la Comunidad sufre un desequilibrio institucional.

En cuanto al aspecto económico, en los términos del Acta Unica, del debate político que se produce en el Consejo y de las decisiones que se adoptan es evidente que estamos en un proceso en el que los Estados Miembros se comportan como un convoy de galeones; todos deben mantener más o menos una disciplina para no alejarse mucho de la marcha general. Por eso es un poco

superflua la discusión que se reproduce a menudo en España sobre si la política económica es la única correcta o no. La política económica puede ser discutible, pero en términos comunitarios lo importante es no alejarse de la media. En el caso español, en concreto, la diferencia respecto al resto de los países estriba en que hay que hacer frente a unos desequilibrios sociales y regionales mucho más importantes y a una situación de desempleo mucho mayor. A pesar de esto lo fundamental es aproximar los ritmos, no tanto de crecimientos, que están siendo fuertes, sino de magnitudes tales como la inflación. Por ejemplo, si mantenemos unos riesgos de inflación muy diversos no podemos estar en el Sistema Monetario Europeo, empeorando nuestra situación en relación con los demás países europeos. Además no basta sólo con crecer, sino que hay que intentar un crecimiento selectivo. Está demostrado que después de la crisis de los años 70, dada la profunda transformación del sistema productivo, no basta con el mero crecimiento para crear empleo.

En este sentido decimos en un texto que hemos negociado conjuntamente con alemanes y holandeses: «La creación de empleo sigue siendo nuestra más decidida prioridad. La Comunidad no puede negar a más de 16 millones de ciudadanos el derecho al trabajo al tiempo que aumenta su riqueza. Tenemos que garantizar la igualdad de derechos y oportunidades a la mujer a la vez que damos a los jóvenes la posibilidad de construir su futuro. La calidad de la enseñanza general y profesional es la condición previa más importante para el desarrollo económico». Y sugerimos tres iniciativas: «Cada joven de la Comunidad debe recibir una formación profesional. La Comunidad de los Estados Miembros debe aunar sus esfuerzos para instaurar un programa de formación profesional con un plan de formación preciso. La puesta en marcha de programas de intercambio para jóvenes trabajadores es otro aspecto decisivo y nuestras universidades deben recibir la misma prioridad que la industria —añadiría también la agricultura, que percibe en estos momentos dos tercios del presupuesto comunitario—. La competitividad no sólo se decide en el puesto de trabajo, sino fundamentalmente a partir de la formación recibida anteriormente. Queremos conseguir que a mediados de los años 90 un estudiante de cada diez pueda cursar al menos durante un año estudios en un país vecino».

Esto es importante porque demuestra que las economías más competitivas, sanas y desarrolladas de la Comunidad, las economías del Centro y Norte de Europa, se plantean ajustes, pero no aceptan la desregularización o el liberalismo salvaje. Es el caso de Alemania, que tiene un excedente de balanza de pagos superior al del Japón y un Estado de bienestar consolidado. No se trata de imponer criterios sobre otros, sino de generar un proceso que tenga importancia tanto social como en relación con las instituciones

decisivas. En este sentido, hay ejemplos que funcionan. Después de duros enfrentamientos entre el Parlamento Europeo y la Comisión con algunos Estados Miembros, se están aplicando el programa Erasmus y el programa Yes for Europe. En un año de aplicación se han agotado todos los fondos y las demandas de las universidades europeas triplican en estos momentos las dotaciones presupuestarias existentes. Eso quiere decir que tales programas responden a una necesidad objetiva de la sociedad europea y, sobre todo, que la gestión previsional de recursos humanos es un aspecto decisivo.

Respecto a la cohesión, que se dice está en el contrato de matrimonio actual de la Comunidad, lo primero que hay que apuntar es que no es un pago a los países mediterráneos para poder llevar adelante el mercado común. Felipe González hizo muy bien haciéndome fuerte, con el apoyo de la Comisión y del Parlamento, en el Consejo de Bruselas de febrero cuando fue el adalid de la duplicación de los fondos estructurales. Se trataba de conseguir una prueba concreta de que el contrato de matrimonio ya no era la política agrícola, sino que ha pasado a ser en cierto modo la cohesión solidaria. Pero también, y esto es algo que causa mucho choque cultural, el que se aceptase que la cohesión no es sólo un medio para resolver problemas regionales, sino un elemento que tiene que contar en todas las políticas, desde las económicas a las agrícolas.

Uno de los problemas con el que me encontré al llegar a la escena comunitaria fue tratar de que el Parlamento aceptase que la Europa actual no es sólo la Europa de la mantequilla, sino también la Europa del aceite de oliva. Una de las consecuencias de nuestra entrada es que, en un enfrentamiento que dividió primero al Grupo Socialista y luego al Parlamento, al ganar el tema del aceite de oliva se creó una auténtica solidaridad que iba más allá de las fronteras. Estaban con nosotros los italianos, portugueses, griegos y los franceses del Sur. La cohesión es un planteamiento verdaderamente importante y de conjunto que tiene una primera proyección territorial, pero además tiene otra dimensión muy ligada a la formulación de la Europa social y al planteamiento de un espacio social comunitario.

Desde este punto de vista, la creación del espacio social comunitario es un tema absolutamente central para el 92 y de los que van a plantear más problemas. Es de los temas más atrasados no solamente porque la derecha y los conservadores lo frenan, sino también porque en los debates que se producen en el seno de la Confederación de Sindicatos Europeos y entre los partidos socialdemócratas y socialistas hay problemas. Una serie de partidos y países han conseguido establecer nacionalmente su Estado de bienestar, es decir, una participación de la clase trabajadora a través de la incorporación a la estructura del Estado y, como consecuencia,

hay una tensión entre los que desean niveles de protección más elevados, sobre todo los países del Sur y los países del Norte que temen que con la Europa social se reduzca el nivel que han alcanzado. Por poner ejemplos concretos, hay uno que se emplea mucho: los holandeses tienen un horario diario de trabajo superior al de los alemanes en el transporte por carretera, si el mercado se abre en este sentido, los holandeses, que son muy eficaces, ganarán la batalla de largo. Otro ejemplo: a las industrias del automóvil alemanas les interesa cada vez más transferir producción e incluso plantas a España, no solamente al Lejano Oriente, porque no sólo los niveles salariales, que es lo que se maneja siempre, sino también los niveles de cogestión o de participación en las empresas y las exigencias de seguridad y salud en el trabajo son más bajas; a nosotros nos viene bien en principio porque se crea empleo, pero hay que pensar en que lo que puede decir un sindicalista alemán que ve que se llevan la industria de su país.

Esta situación exige, por una parte, una definición de un nivel mínimo de derechos, que puede hacerse a través de la Carta Social Europea o de una carta comunitaria a partir de ésta, y, por otra, la formulación, que ya se está haciendo, del objetivo que supone la homologación de las normas de salud y seguridad en el trabajo, que está en un desarrollo del artículo 118 A y B del Acta Unica. Hace pocos días en Rodas, Margaret Thatcher, que siempre ha jugado duro, venía a decir: «ahora que he echado a los rojos de Inglaterra, me van a volver por Europa». Pretendía que el artículo 118 B plantea estrictamente la seguridad y la higiene en el trabajo. Contestó precisamente Felipe González que el artículo especifica también como objetivo «un desarrollo armónico y una armonización de las normas de trabajo». En la Comunidad, los principios están muy bien en el frontispicio, pero cuando se habla de objetivos nos tenemos que referir a algo que políticamente tiene que aplicarse.

Por lo tanto, se plantea el problema fundamental de la definición de las directivas, que es la legislación básica comunitaria en este terreno, y repito que de momento es la seguridad y la salud en el trabajo. Pero, lógicamente, ello implica la protección social y la resurrección de la directiva que planteaba la participación de los trabajadores y una respuesta a las diversas culturas sociales y sindicales europeas a través del sistema de participación a la carta. Además, y esto también está en el Acta Unica, el desarrollo del diálogo social a nivel europeo. Y la misma patronal europea, que ha reunido en París a organizaciones de 17 países y ha elaborado un documento proeuropeo, demuestra que hay patronales más acostumbradas al diálogo social y otras que consideran que la entrada en Europa supone ir a la desregularización y al desmantelamiento de condiciones sociales más absoluto.

En cuanto a la consolidación de la Europa democrática, una de las mayores contradicciones que tenemos es que, mientras creamos una Comunidad con un Consejo y con una Comisión y un Parlamento que funcionan por mayoría. Sin embargo, no funcionan todavía ni partidos políticos ni sindicatos europeos, aunque los democristianos han dado un paso importante votando por mayoría en su último congreso. En la situación actual se necesita, cada vez más, protagonistas en la escala europea comunitaria, lo que exige que seamos capaces de crear un partido en los mismos términos que la Comunidad, de tal forma que podamos decidir por mayorías en los temas comunitarios. Es una contradicción que el Grupo Parlamentario Socialista elabore sus tesis por mayoría o que el Consejo las haga por mayoría y en el seno de la Unión de Partidos sigamos funcionando por consenso, lo que equivale al derecho de veto. Hay que dar ese paso y avanzar más. El proceso en que estamos inmersos en este momento supone que vamos a tomar la mayor parte de nuestras decisiones económicas, monetarias, políticas y sociales fundamentales para el 92 a nivel comunitario. El presidente Jacques Delors ha dicho que será aproximadamente el 80%. Esta frase es la que más irrita a M. Tahtcher, pero es esto lo que implica la lectura y la aplicación del Acta Unica. No hay otra posibilidad, porque lo contrario nos llevaría a la balcanización.

El problema que se plantea deriva de las zonas grises que existen en la política europea. Un ejemplo perfecto es el funcionamiento de los Consejos, no el del Consejo Europeo de los grandes jefes, sino el funcionamiento de las instancias ejecutivas y legislativas formadas por los ministros del ramo. Un ministro toma por la mañana una decisión con sus colegas y por la tarde, al volver a casa y convertirse en ministro nacional, generalmente critica la decisión tomada en Bruselas. No parece éste un funcionamiento muy democrático, pero además quita todo espacio a los parlamentarios y a todo el que quiera criticar o proponer modificaciones. Por lo tanto, hay un problema importante de doble legitimidad política en Europa. Una legitimidad directa a mitad de camino del Parlamento, porque no hay todavía elecciones europeas a partir de una ley europea, sino elecciones simultáneas con leyes nacionales y una legitimidad del Consejo, es decir, de los gobiernos nacionales, derivada de las elecciones en cada país. Pero cuando alguien toma decisiones en el Consejo Europeo normalmente deja de ser controlado por su Parlamento nacional, incluso hay algún Parlamento que casi ha renunciado expresamente a controlar a su Gobierno. La semana pasada ha ocurrido en España: cuando el Presidente del Gobierno ha querido explicar lo discutido en Rodas al Parlamento no le ha interesado, mientras que, en el polo opuesto, a Margaret Thatcher, que asiste tres veces por semana a la Cámara de los Comunes, la abasaron a preguntas. Esto produce

que las zonas grises no sólo resten legitimidad democrática, sino que se planteen también graves problemas.

Y, ¿cómo resolver esta situación? Un elemento importante sería conseguir que la Comisión sea un embrión de Gobierno dotando, por un lado, al Parlamento del derecho de investir al Presidente de la Comisión, y no sólo del derecho de censura, y, por otro, al Presidente de la Comisión de la posibilidad de un equilibrio en la selección de su equipo. No se puede pedir al Presidente de la Comisión que haga el milagro de llevar a cabo la revolución más profunda de los últimos 2000 años y, en cambio, negarle la posibilidad de seleccionar mínimamente su equipo. Un segundo aspecto sería la progresiva codecisión entre el Parlamento y el Consejo. En el presupuesto el Parlamento y el Consejo tienen el mismo poder, hoy lo han firmado conjuntamente, y en los demás temas tenemos ya el derecho de enmienda. Ahora bien, para que una de nuestras enmiendas sea aceptada nos hace falta tener la mayoría propia que se exige en el Parlamento español para aprobar una Ley Orgánica o en el alemán, español ó italiano para investir a una Presidente de Gobierno. Se nos pone el listón muy alto. Un tercer elemento sería el desarrollo del sistema de garantía y protección de los derechos de los ciudadanos, lo cual, aunque sorprenda, importa en países como Gran Bretaña. Y, por último, un problema que suscita mucho debate. Personalmente pienso que el Consejo debe convertirse, cada vez más, en un Senado, similar a lo que es la institución del Bundesrat alemán o como el Senado español, tienen que reformarse para hacerse realmente autonómico a fondo.

Estos son algunos de los avances y reformas que pueden permitirnos dar un paso importante hacia la construcción de esa federación, superando la lógica de alianza de estados e ir a un sistema que responda a los planteamientos de los pueblos europeos.

Manuel AZCARATE

A diferencia de los anteriores ponentes, enfocaré el tema que se nos presenta esta noche con una visión de futuro. Ante un problema como el de Europa, incluso las cuestiones inmediatas hay que encuadrarlas en una visión a largo plazo.

Europa está entrando en una etapa histórica nueva, porque va desapareciendo la idea de supeditar todo a la defensa ante la amenaza de la URSS, lo que ha sido la base de la OTAN y prácticamente de toda la política de Europa desde hace 40 años. Estamos ante un cambio radical de prioridades en el problema de la defensa y de seguridad. Hoy la primera prioridad para establecer las condiciones de seguridad es el desarme nuclear y convencional. El propio George Shultz, al que no se puede acusar ni de prosoviético

ni de pacifista, ha dicho hace unos días que la guerra fría ha terminado. Pero esta nueva realidad cuesta mucho de asumir. Por ejemplo, me llamó mucho la atención hace poco un debate en TV en el que el ministro Narcís Serra hablaba de amenazas y de prepararse ante ellas. La realidad es que España no está amenazada. Tendremos que estar o no en la OTAN, pero en todo caso será como consecuencia de otros argumentos. La idea de que estamos en un país militarmente amenazado no responde a la verdad y, por lo tanto, hay que empezar a preparar una política que parta de una realidad que se ha transformado profundamente.

Estoy de acuerdo en que hace falta una política de seguridad y de defensa europea y que para eso conviene estar en todos los foros útiles, pero tengo serias dudas de que la UEO sea útil. La UEO está imbuida de los viejos conceptos, precisamente aquellos que hay que superar hoy. En un momento determinado Chirac quiso revitalizar la UEO con unos objetivos bastante pequeños, pero ahora a Miterrand le interesa bastante poco o, mejor dicho, tienen muy pocas esperanzas puestas en ella. Es un órgano viejo y vetusto. En cambio, el instrumento europeo de defensa tendrá que ser, de una manera y otra, enlazado con la CEE e integrado con los problemas de política exterior de la Europa de los doce. No sé como se puede hacer, pero no veo otro foro para que esto pueda tomar un camino eficaz.

Ahora, más que de instrumentos se trata de conceptos, incluso de cultura. La izquierda necesita desarrollar en Europa una cultura de la paz o, yendo más lejos, una cultura de la no violencia. En la etapa en que entramos cobran nueva fuerza y se vuelven a colocar en primer plano una serie de conceptos y proyectos como los elaborados por Olof Palme, por la socialdemocracia alemana o por los movimientos pacifistas, tendentes a buscar nuevas formas de seguridad. No solo reducciones cuantitativas, sino también cambios cualitativos. Por ejemplo, la defensa defensiva, es decir, una estructura militar que garantice tanto que no se va a poder atacar al otro como, al mismo tiempo, la defensa eficiente en el caso eventual de una agresión.

No se puede olvidar un hecho decisivo en la evolución internacional en el aspecto del desarme: el mejor clima entre la URSS y EEUU es en gran parte producto de las comprobaciones *in situ* derivadas de la aplicación del Tratado de Washington sobre la supresión de armas nucleares de alcance medio. Hoy las comisiones militares americanas pueden en plazo de horas ir a visitar las instalaciones militares soviéticas y viceversa. Con esto se crea un nuevo clima y se abren nuevas perspectivas, antes inimaginables, para la seguridad europea.

Con las circunstancias mencionadas hasta ahora, el concepto de

la casa común europea lanzado por Gorbachov refleja el deseo de acercar a las dos Europas, de superar las divisiones y, quizás a largo plazo, de superar los bloques. Sobre esta idea estamos discutiendo mucho y ha sido recibida favorablemente por políticos como Genscher o Mitterrand. A pesar de todo, al mismo tiempo, conviene precisar y separar una serie de significados posibles.

En lo militar, los pasos hacia una Europa desarmada no se pueden dar sin tener en cuenta la presencia norteamericana. La participación de EEUU en los procesos de desarme es evidentemente necesaria y, en este orden, pensar en un hogar común sin los norteamericanos es pura especulación propagandística.

En el aspecto económico, en cambio, Europa debe afirmar su autonomía. Europa tiene serias contradicciones con EEUU y debe abordar el tema del hogar común, de la relación entre la Europa del Este y del Oeste, con más flexibilidad. Sin duda lo prioritario es la creación del mercado único interior en 1992, porque es decisivo para no perder el tren de la revolución científica y para darle a ese tren las dimensiones humanas, socialmente progresistas, a nivel mundial que Europa está en condiciones de aportar. Pero, al mismo tiempo, las transformaciones que se han operado o se están operando en la URSS, la reforma de Hungría y el resto de los procesos que se producen en otros países del Este, plantean la necesidad de una política económica de apertura, en parte ya iniciada. Además, puede ser fundamental precisamente para que puedan proseguir los procesos de reforma. Incluso, desde el punto de vista de la seguridad, es probable que el estrechamiento de los vínculos de cooperación económica pueda ser un factor más importante que la acumulación de armamentos en uno y otro lado.

En los aspectos políticos de la construcción europea, la idea del hogar común es inconsistente si se aplica de una manera mecánica. Sin duda, la URSS es un país europeo, pero también es un país asiático. Podría, por tanto, ofrecer una casa común a Europa y otra a Asia y estar, entonces, en todas las «casas comunes». En cambio, lo prioritario es emplear la fórmula «entidad política europea» en aquella parte de Europa donde ya se está llevando a cabo, es decir, en la nuestra. Digo entidad política y no Estado porque hay que dejar muy abierta la diversidad de posibilidades de estructura que pueda tomar la entidad política. Este proceso implica restar soberanía a los países en concreto. Pero la soberanía de los Estados es muy ficticia en temas económicos o de defensa; y otorgar capacidad de decisión y de actuación a Europa en su conjunto probablemente en vez de disminuir la capacidad de influencia de los pueblos europeos la aumentaría. La creación de una entidad política europea significará un proceso de decadencia de las soberanías nacionales, aunque haya mucha timidez en reconocerlo, incluso por parte de Felipe González en su discurso de Bruselas. El proble-

ma es cómo dotar del máximo de contenidos democráticos, de capacidad de intervención y de participación a los pueblos europeos en la política general. Cómo elevar las cuotas de democratización en la construcción europea es fundamental, porque tengo la impresión que el desfase actual entre la Europa económica, que está muy avanzada, y la Europa política, que es mucho más débil, beneficia a la Europa de los mercaderes con respecto a la Europa de los ciudadanos.

Hace un año, en un debate parecido a éste, después de que yo defendiera la idea de la entidad política europea, un francés me preguntó si estaría dispuesto a apoyar un Presidente de Europa. A primera vista la idea puede parecer positiva, porque un Presidente haría posible que Europa estuviera en todos los lados, pero tal idea ni es viable ni produce aumento de la cuota de democracia. Me parecen más interesantes los cambios en la línea que apuntaba Enrique Barón. Por un lado, elevar los poderes del Parlamento, que han aumentado muy poco en el Acta Unica y se han quedado muy por debajo de lo que era el Proyecto Spinelli aprobado por el mismo Parlamento europeo, y, por otro, hacer que la Comisión de Bruselas responda ante el Parlamento, es decir, crear entre la Comisión de Bruselas y el Parlamento un tipo de relación mucho más parecida a la que hay en un Estado entre Gobierno y Parlamento. Esto significaría reforzar los gérmenes de Gobierno europeo que, quiérase o no, están en la Comisión de Bruselas.

Hay que plantearse la necesidad de una reforma democratizadora de la estructura constitucional europea. En este orden, es interesante la idea expuesta en su último libro por Michel Rocard sobre un referéndum en la Europa de los doce que sirva para manifestar la voluntad directa de los pueblos europeos, en el sentido de dirigirse a cuotas superiores de soberanía común y de consistencia de la Europa política. Pero el problema no es sólo de instituciones. Hay un gran retraso en la europeización de la vida política. Se creen o no partidos políticos europeos, hay una gran dificultad de arranque de las iniciativas de discusión política europea en torno a las cuestiones que son comunes a todos los pueblos; lo que ayudaría, en caso de suceder estas iniciativas, a dar conciencia a todos de que estamos en un mismo sitio, que los problemas son comunes y que debemos solucionarlos entre todos. En este aspecto, sólo se hace algo cuando se aproximan las elecciones europeas o en algunas revistas de pensamiento teórico de izquierdas, pero son pasos muy tímidos. Hay una especie de presión de lo inmediato, de lo táctico, de lo que está ligado a ocupar posiciones de poder y de lo que puede dar ventajas electorales. La izquierda da un poco la sensación de que carece de proyecto e incluso de poca voluntad para aplicarse en esto.

Por otro lado, la entidad política de los doce no puede ser cerrada. Desde ahora se plantea la necesidad de prever una estructura flexible para que la creación de esa entidad no signifique dificulta-

des o la imposibilidad de acercamiento y colaboración con otros. Algunos países de la EFTA quieren entrar ya, si se produce un proceso de desarme y otros están muy cerca. Si los factores militares pierden importancia en Europa esta tendencia será mucho más fuerte. Además hay que contar con los países del Este, que han entrado en una transformación profunda, aunque sea difícil adivinar dónde van a llegar. La estructura política de los doce debe estar abierta a los nuevos ingresos en la medida en que los pueblos europeos, unos u otros, manifiesten ese deseo.

Un último punto, para acabar, sobre el problema de la política exterior europea. Constitucionalmente está previsto que Europa tenga una política exterior, si no común, sí coordinada y conjunta. Aparece en el texto del Acta Unica y se están celebrando con frecuencia una serie de reuniones a diversos niveles para coordinar la política exterior europea. Sin embargo, se ha conseguido muy poco porque, en general, en estas reuniones prevalecen las tesis del mínimo común denominador, es decir, las tesis de los que no quieren hacer nada o casi nada. En temas como Oriente Medio o América Central, Europa ha tomado decisiones positivas, pero se ha quedado muy por debajo del papel que debería representar en problemas de esta índole. El ejemplo más reciente es el caso palestino en la reunión de Rodas: no se pudo llegar a un acuerdo para encargar al ministro de Asuntos Exteriores griego, que entonces encabezaba la Presidencia de los doce, que mantuviera contactos con las dos partes, con la OLP y con Israel, para ver cómo podía Europa contribuir al proceso de paz de Oriente Medio. En casos como éste una posición europea más firme, clara y operativa podría tener un gran efecto en la vida internacional.

Europa se ha quedado muy retrasada en materia de política exterior. No es culpa del Gobierno español, ni del francés, ni del italiano, porque han hecho lo posible para que eso no sucediera. Pero el mecanismo europeo tal como existe hoy es muy negativo. Recuerdo un artículo del director de *Le Monde* que venía a decir que Europa necesitaba una gran pelea para sentirse a sí misma y comprender que tiene que actuar y, añadía, quizás con razón, que en general las nuevas realidades políticas han necesitado de una convulsión para cristalizar una realidad que no acababa de colocarse a la altura. Quizás la causa común que puede empujar de una manera más activa a Europa en la perspectiva del futuro es el problema del Tercer Mundo. La transformación de las relaciones entre el mundo desarrollado y subdesarrollado va a ser, y esto pocas personas lo dudan, el gran problema del siglo XXI. Europa es la parte del mundo desarrollado tal que hace que se tengan en cuenta no sólo los imperativos económicos, sino los valores de humanidad, de justicia, de igualdad..., aquellos sin los que la izquierda no tendría razón de existir. No digo que la Europa de hoy pueda hacerlo, pero quizás la de mañana sí.

COLOQUIO

Manuel DIAZ

Concretamente, quiero hacer dos preguntas. A Enrique Barón: ¿qué hay que hacer para atenuar las diferencias nacionales y culturales entre países y entre distintas regiones de cada país? En España parece que no entendemos este tipo de medidas. Aquí, como en la CEE, tenemos presupuesto para ello. Pero, a diferencia de la CEE que lo dirige a un determinado país, sencillamente se entrega a las Diputaciones. En estas circunstancias, igual se puede emplear en burocracia que en suprimir ciertos atrasos.

Y mi segunda pregunta sería: ¿qué lugar ocupan en la CEE otros países no miembros, como los africanos o los asiáticos, y la asistencia a los países más débiles? Porque, yo he vivido en todos los continentes y estoy interesado en ellos, y no sólo en Europa.

Luis ORTEGA

Aunque las intervenciones pueden dar lugar a distintos tipos de enfoque, intentaré centrarme en tres aspectos.

En primer lugar, me preocupa el tema de la construcción europea en democracia, porque no ha ocurrido nunca que se halla intentado construir un nuevo sistema o macroestado a partir de sistemas democráticos. En EEUU, que es el ejemplo histórico más reciente, hay dos culturas: la del Norte y la del Sur. Como consecuencia de una guerra civil una es integrada por la otra y, a partir de ahí, con un poder establecido, se integran las nuevas culturas de distintas nacionalidades que emigran a EEUU. Con esto quiero decir que el proceso de construcción europea tiene una dificultad añadida, porque debe hacerse a partir de Estados que ya poseen una democracia establecida y un proceso democrático de toma de decisiones.

En segundo lugar, es evidente y hay que reconocer que la actual estructura europea ha dado pasos importantes. No es igual la Europa de ahora que la de hace quince años y, observando las instituciones actuales, no se puede decir que Europa no funcione. Por ejemplo, hace cinco años se decía que Europa había perdido la carrera con Japón y EEUU en el desarrollo tecnológico; ha bastado un poco de coordinación para que Europa recupere terreno e incluso, en algunos aspectos, esté a la cabeza. Lo que ocurre es que tenemos un modelo peculiar. Tenemos un Gobierno de coalición. Tenemos una Administración de ejecución federalista, es decir, hay una Administración federal y Administraciones nacionales que ejecutan las decisiones de la Administración central. Tenemos un Parlamento peculiar, en el sentido que hay una especie de responsabilidad en un Parlamento peculiar e individual correspondiente a su área. Y tenemos un Poder Judicial dividido: lo económico corresponde al Tribunal de Luxemburgo y los derechos civiles y políticos al Tribunal Europeo, que aunque pertenezca al Consejo de Europa funciona en el ámbito europeo.

En el tercer lugar, aquí se ha hablado de la defensa. El tema de la defensa es esencialmente el de la tecnología, está englobado en el proceso de desarrollo económico en función de las nuevas tecnologías, al igual que en EEUU o en la URSS. Por tanto, si las necesidades de las nuevas tecnologías son las que son, el proceso de integración en defensa llevará la lógica de la integración que produzca la necesidad de acumulación. Esto es, la integración de la defensa estará en función de los costes fijos y del mercado necesario para hacer rentable esos costes de producción de nuevas tecnologías.

Por tanto, como conclusión, todos estos son elementos que está ahí y de los que hay que partir. Por un lado, lo significativo es que sí existe ya un modelo europeo y algo que se puede llamar Europa. En estos últimos diez o quince años el proceso está a años luz de la década anterior. El modelo actual, sin necesidad de muchos más cambios, está demostrado

que lleva adelante iniciativas. Pero, por otro, me preocupa la responsabilidad democrática, porque no sé si el ciudadano europeo va a sentir más democrático a través de la delegación por terceros, derivada en el parlamentarismo europeo, que en el control de los ministros que van a Europa en su Parlamento nacional. Si ya a nivel nacional, tanto en España como en otros países, se cuestiona la representación política, no sé si el ciudadano no se puede sentir muy alejado del Parlamento de Estrasburgo.

Miguel Angel BUENDIA

Hoy hablamos de algo tan importante como es el proyecto europeo y, al mismo tiempo, ayer sucedió algo también muy importante que, como socialistas y desde una perspectiva de futuro, debemos comentar, la huelga general. A las personas que están aquí quizás les gustaría un comentario de Enrique Barón acerca de cómo se ve o puede verse esta huelga en Europa y de qué manera puede afectar a la presidencia española de la CEE.

Carlos Luis Álvarez, dada su gran calidad como comentarista político y su amplia visión de la Historia, me gustaría preguntarle ¿qué pasará en el futuro con el proyecto europeo? Porque Manuel Azcárate ha hablado de un futuro un poco más lejano, de la casa común europea, pero nadie se ha referido a la posibilidad de la Europa del Sur, la Europa mediterránea, que importa mucho a España como puente entre dos continentes. ¿Hay posibilidad o viabilidad de que los países mediterráneos del Norte de África puedan entrar alguna vez? ¿Cree que a España le puede interesar, y no sólo por razones económicas, sino también sentimentales, ideales y de permanencia en la Historia, que Europa tome esa dirección? Porque a Francia, a Alemania y a los países de Centroeuropa les interesa mucho más que la CEE se dirija hacia el Este. Pero quizás a España le conviene que vaya hacia el Sur, hacia el Mediterráneo, y hacia el Sur-Oeste — Hispanoamérica—. ¿De qué manera puede implicarse, y en este sentido también sería importante la opinión de Enrique Barón, una

posible Comunidad Hispanoamericana de Naciones en el proyecto europeo de futuro?

Estamos hablando de un proyecto que tiene dos connotaciones dinámicas: una centrífuga hacia el exterior y una centrípeta hacia el interior de búsqueda de democracia. Es la primera vez en la Historia de la humanidad que se construye un gran sistema articulado de naciones con valores democráticos. Los imperios nunca se han construido así, siempre se han formado mediante el uso de la fuerza, y Europa nunca ha podido conformarse como unidad a través de la fuerza, desde el Imperio Romano hasta Hitler, gracias a las convicciones de unos y de otros. Pero ahora es distinto, incluso el Presidente de Gobierno ha dicho que no le importa esta especie de utopía, que él desea ser componente utópico de sí misma y de apertura a los demás. Yo creo que ambos son componentes importantes. Estamos en el Programa 2000 y por qué no pensar un poco más allá, para poder asimismo tener la vista fija en el presente.

Manuel CASAL

En el año 1992 se va a concretar el mercado único europeo y yo me pregunto si se ha tomado algún tipo de medidas para prevenir la invasión económica de Japón y EEUU. Todos sabemos que la economía americana, como no ha aplicado ningún tipo de ajuste, puede entrar en declive en los próximos años y que está invadiendo el mercado europeo, igual que está invadiendo el español, porque se ha dado cuenta que Europa es un mercado potencial. Con la perspectiva del mercado único se están introduciendo en Europa los capitales americanos, japoneses y de otros países. Lo que temo es que al final se pueda decir lo mismo de la CEE que de España: que está en venta. Este es un tema que habría que debatir con mucho tiempo porque tiene sus pros y sus contras. Mi posición es que la unidad europea estaría mucho mejor orientada con una política económica dirigida por europeos y, en estos momentos, no parece que se vaya por ahí en sus justos términos.

¿Es más democrático un Parlamento nacional o un Parlamento europeo?, ésta es una cuestión importante. Los Parlamentos nacionales pueden ser muy democráticos, sus sistemas de selección generalmente lo son y representan la opinión de los lectores, pero engendran, necesariamente, un órgano ejecutivo y una política basada en la problemática de uno de los países. La pregunta es si con este mecanismo se puede lograr el nivel de capacidad para el conjunto de Europa, de actuar en los problemas económicos, de seguridad, científico-técnicos, etc., de tal forma que no se quede desplazada respecto al progreso japonés y norteamericano. Y si, con esta estructura, podrá introducir en la evolución mundial y en la revolución científica los valores de igualdad, libertad, etc., frente a, por ejemplo, los del modelo norteamericano. Esta es la duda.

La persona que ha intervenido antes ha presentado una imagen demasiado optimista de lo que es Europa. Yo estoy más especializado en cuestiones de política exterior y, por eso, presento un balance más negativo. En política exterior Europa debería hablar de algunos temas y no logra hacerlo. El programa Erasmus funciona y en algunos aspectos tecnológicos se avanza, pero en los terrenos que yo estudio hay necesidad de un órgano que pueda hablar en nombre de Europa con un respaldo mucho más fuerte del que hoy existe. El Parlamento es elegido y este año en toda Europa al mismo tiempo. Es un gesto y una acción democrática muy importante, pero, a la hora de la verdad, el Parlamento tiene unos poderes muy limitados. Comprendo que el tema es serio y, por eso, no pretendo que mi opinión sea la acertada, pero tengo la impresión que hace falta dar un respaldo a las instituciones europeas e incluso a algún ejecutivo, dar una posibilidad de participación a los pueblos europeos y que los partidos políticos sean, cada vez más, partidos europeos. Efectivamente, existen dificultades, pero se pueden vencer con la práctica. En este sentido hay experiencias concretas: un país tan pequeño como suiza, con unas diferencias culturales y lingüísticas enormes, ha logrado actuar de una manera muy unida en cuestiones fundamentales a través de un sistema federal muy flexible.

Otra cuestión interesante es la posibilidad de enlace de Europa con Africa del Norte y con América Latina. Esto es fundamental porque quizás lo decisivo en el futuro sea precisamente si Europa es capaz o no de desempeñar un papel específico en la relación Norte-Sur. Veo muy difícil que la Comunidad se ensanche, porque si hoy se accede a la petición de Marruecos, mañana a la de Argelia y luego a la de Túnez, entonces, ya no sería la Comunidad Europea. Hay que distinguir la necesidad de crear una Europa política con el hecho de que Europa esté abierta, incluso de forma institucional. Esto no quiere decir que no se deba formar una

comunidad mediterránea que incluya una parte de Europa. Hay problemas, como los ecológicos, que son apremiantes tanto en el Norte como en el Sur —también la putrefacción del Mediterráneo la sienten los yugoslavos o los italianos— y, como creo que estos problemas serán en el futuro más importantes que los niveles de armamento, me parece que hará falta una forma de comunidad. pero no creo que se deba hacer como integración en Europa, sino como una apertura europea.

Enrique BARON

En primer lugar, la dimensión cultural de Europa y la atenuación de las diferencias nacionales. Ortega y Gasset, en un ensayo que llama «Europa como Nación», dice que nunca ha existido unidad política y siempre ha existido identidad cultural europea y que, para comprenderla, más que pensar sólo en el futuro hay que mirar al pasado. Esto es bastante cierto. Cuando empezamos a buscar señas comunes de identidad, desde que nace Europa, encontramos que hay más hechos que nos unen que los que nos separan: la cultura greco-latina, el desarrollo del cristianismo, la arquitectura medieval y tantos otros. Cuando pensamos en el proyecto Erasmus, nos olvidamos que en el siglo XIII la Universidad de Salamanca y la de Bolonia hablaban el mismo idioma y se transmitían sus planteamientos en Teología y Derecho. Tengo que reconocer que también una experiencia como la del Parlamento europeo y, en general, las instituciones europeas nos demuestran que estamos mucho más cerca de lo que nos creemos. Naturalmente, hay grandes fallas y sigue pesando el Sacro Imperio romano-germano, el Mediterráneo..., pero esa dimensión cultural común es algo que en cierto modo redescubrimos.

Ahora bien, ¿supone esto que va a producirse un proceso de igualación de todos los europeos o una uniformación? Esta es la pregunta que está sobre el tapete. Por ejemplo, en un país como Gran Bretaña, paradójicamente, hay una gran sensibilidad respecto a este tema e, incluso, hay una oposición real en muchos británicos a que la Isla y el Continente estén unidos por el cordón umbilical que representa el famoso túnel. Hay una gran resistencia a pesar que el inglés se ha convertido en la lengua franca del siglo XX. Frente a esta posición se puede responder que, a pesar de los esfuerzos por incluirla en el Acta Unica, la cultura no es una competencia comunitaria ahora mismo. Incluso se puede decir que no es competencia de algunos Estados de la Comunidad, por ejemplo, en Alemania es competencia de los *lander* y no del Gobierno Central. Por lo demás, para los que temen perder su propia identidad yo siempre digo lo mismo: Holanda y Suiza son dos pueblos pequeños que siempre han estado amenazados y que tienen muchos problemas, pero que, al mismo tiempo, tienen una identidad

cultural más fuerte que estos problemas y un cosmopolitismo mayor. Sin embargo, lo cierto es que va produciéndose un discurso cultural común en muchos aspectos. Por ejemplo, Mitterrand acaba de proponer la Europa audiovisual y, en cierto modo, ya lo había hecho antes Luxemburgo. Y, en cualquier caso, en España tenemos que acostumbrarnos que, así como la identidad española ya es bilingüe, tiene que llegar a ser trilingüe. En esto sí que hay que plantear una acción importante de cara al futuro.

El segundo punto, en el que voy a coincidir con otro de los interperadores, son las relaciones de Europa con el mundo y con los países en vías de desarrollo. Antes no he tenido tiempo de tratar el tema desde el punto de vista estrictamente comunitario, pero hay una política bastante consolidada a través de lo que se llama la convención de Lomé con los países ACP. Los franceses, como son enormemente hábiles en el manejo de las palabras, se han inventado unas siglas que tienen un continente, un archipiélago y un océano: Africa, el Caribe y el pacífico. Es el antiguo imperio colonial francés con restos del inglés, un poco del holandés y algo del portugués. Son los 65 Estados miembros de la ACP, con los cuales la Comunidad mantiene una relación privilegiada desde el punto de vista económico, financiero y de mercado.

Pero, ¿qué es lo que le pasa a la Comunidad con el resto del mundo? La Comunidad está recibiendo un cierto impacto porque es el primer proceso de integración regional que se está desarrollando a nivel mundial. Europa en el siglo XIX inició el mundo actual con la generalización de los procesos de autodeterminación que configuraron, en términos cuasi religiosos, la identidad patria. Cuando los europeos se dieron cuenta a dónde llevaba ese proceso, es decir, a la destrucción del Continente, comenzaron la construcción de la CEE a partir de la II Guerra Mundial. Ahora el proceso de integración europea está teniendo una creciente influencia en el mundo. Marruecos, que ha pedido su ingreso en la Comunidad y en la OTAN, ha recurrido a Argel para hablar con sus hermanos rivales diciéndoles: «para hablar con Europa, nos tenemos que unir». Los egipcios también están planteando un proceso de confederación regional en Oriente Medio, y yo creo que la solución al conflicto árabe-israelí puede venir dada por la inserción de Israel no como enclave, sino como un elemento de la zona. En Centroamérica, con su volcán de conflictos, la conferencia de San José y el proceso de Esquipulas vienen a significar lo mismo, un intento de pacificación y de acuerdo, incluso han planteado un Parlamento centroamericano. Entre Argentina, Uruguay y Brasil se plantea la creación de un Mercado Común Latinoamericano. Ahora mismo, frente a los procesos de independencia que todavía existen, la tónica general desde hace veinte años y lo que tiene más sentido es hacer procesos de integración regional. Acaba de tener lugar uno

en EEUU, al que dentro de poco, y será muy saludable, se incorporará México.

Pero, volviendo a las relaciones entre la CEE y el resto del mundo, lo que ahora intentamos los españoles en el Parlamento, y el Presidente hizo referencia a ello en la conferencia de Bruselas, es la batalla latinoamericana.

Latinoamérica, dicho de una forma muy brutal, es para gran parte de la Comunidad el traspatio de los EEUU. De esta forma, en el Parlamento Europeo es más fácil aprobar una resolución condenatoria contra Pinochet, que aprobar la importación de 7 mil toneladas de vacuno de Uruguay. A pesar de que nosotros les explicamos que es el subcontinente más europeo del mundo —o como decía Borges: «somos europeos en el exilio»—, realmente tienen una idea muy etérea de Latinoamérica. La Comunidad vive de exportar y los países latinoamericanos están relativamente desarrollados, por eso nos interesa intensificar las relaciones con ellos. Este proceso se va consolidando de una manera paulatina porque, aunque los ingleses se opongan, los italianos, alemanes y belgas son sensibles a este tema y también los franceses, si no tienen que pagar dinero. Pero, repito, lo que me parece importante es que se desarrollen los procesos de integración regional, en los que Europa puede ser un ejemplo. Otra cosa es que Europa reordene y reoriente su política en relación con los países en vía de desarrollo, aunque también haya que avanzar en esa dirección.

Luis Ortega ha hecho reflexiones y no sólo preguntas. No voy a entrar a discutir con él los procesos históricos. Es cierto que, a lo largo de la Historia, sobre todo la europea, los procesos de unidad se hacen a partir de la hegemonía de un pueblo sobre otro o por la decisión de un zar, de un emperador o de un dictador. Pero, la verdad es que los casos suizo y americano son mixtos. La Guerra de Secesión fue el salto, pero el inicio se sitúa en las 13 colonias, que sí fue un proceso de guerra de independencia.

Ahora, también dices que la estructura democrática está funcionando. ¿Se ha pasado del europesimismo a la euroeuforia? La Comunidad ha tenido dos períodos de creación-crecimiento: uno, básicamente entre los años 50 y 57 y, el otro, arranca en la elección al Parlamento europeo por sufragio universal, pasa por el Tratado de Unión Política de Spinelli del año 1984, que a su vez genera el Acta Unica, y llega hasta el momento actual. Pero, ¿cómo es el modelo de la Comunidad? La mejor respuesta la ha dado hace poco tiempo Mitterrand: la construcción europea es como la construcción de una catedral de la Edad Media; estamos haciendo un edificio que no sabemos dónde irá a parar porque no contamos con un gran arquitecto. Todo es fruto de una maduración y una negociación progresiva. Sin embargo, de este proceso se puede

decir que, independientemente de nuestras diferencias de regímenes políticos que fue la causa del enfrentamiento entre los europeos el siglo pasado, en este momento hay un consenso claro por parte de todos acerca de cómo debe funcionar la democracia parlamentaria a nivel europeo y sobre sus carencias. Ahora no se discuten tesis fundamentalistas, sino básicamente funcionalistas.

El problema para mí, como ciudadano europeo y como demócrata, es que, si no hay Parlamento, el poder lo detenta una burocracia, y no lo digo en sentido peyorativo, no responsable o los ministros, a los que normalmente no se controla en su país sobre sus actuaciones en Europa. Por ejemplo, se acaba de discutir el presupuesto español, que contenía una factura muy importante de Europa, y, sin embargo, no he visto ningún interés parlamentario en esta partida; no se ha discutido sobre la aportación del IVA, ni sobre la introducción de un impuesto directo como es el Cuarto Recurso, ni sobre la retribución que se aporta por la vía de los fondos que afecta de una manera decisiva al Estado de las Autonomías. Se sigue viendo a Europa muy lejana y, sin embargo, está presente y actuando. Se han aportado algunas propuestas para salvar esta situación.

Pero, frente a las tesis de Panella y otros italianos, que defienden hacer una «revolución» mediante una Constitución europea, hay que constatar que ya, por lo menos, media constitución está hecha y lo más razonable es tratar de articular su parte orgánica. Por otro lado, sobre las propuestas de Michel Rocard, que ha comentado Manuel Azcárate, en el sentido de hacer un referéndum consultivo en Europa, creo que es inviable. Tiene sentido hacer un referéndum como han hecho los daneses y los irlandeses con el Acta Única, pero en Europa es imposible hacer un referéndum global, aunque se haga una directiva y haya un acuerdo con el Consejo. A los belgas, el referéndum les recuerda la abdicación del Rey Leopoldo, y la figura no está contemplada en la Ley fundamental alemana, no hay que olvidar el plebiscito del 33. También es intrínsecamente imposible, en el proceso europeo llevar a cabo las propuestas presidenciales lanzadas por Giscard D'Estaing y Mitterrand. Por el contrario, la articulación del proceso democrático debe avanzar dentro de un sistema parlamentario.

Respecto al tema de defensa, por supuesto que hay que hablar de seguridad, distensión y paz, pero los europeos debemos ser conscientes de que nuestra relación con los EEUU es una relación de clientela en el sentido romano del término, como decía el canciller Schmidt. Entonces, lo primero es tener la voluntad de defendernos a nosotros mismos, porque además siempre queda la íntima desconfianza de que el que pone el paraguas para proteger lo retirará si tiene que protegerse a sí mismo, algo que me parece absolutamente razonable. ¿Qué pasos se han dado en este sentido? En el

acuerdo de reducción de los misiles intercontinentales, los europeos no hemos participado. El reconocimiento por parte de la URSS respecto a la Comunidad. Es un paso muy importante porque todavía en los tiempos de Breznev existían unas tesis en la URSS por las que se explicaba que la Comunidad no existía. Otro paso que ha dado la URSS es empezar a hablar de la reducción de las armas convencionales, donde el desequilibrio es aplastante a su favor. En este caso, lo importante es que el Pacto de Varsovia reduzca su armamento para, a partir del equilibrio, comenzar a bajar el nivel. De todas formas, lo fundamental, y merecería un análisis más detallado, es saber hasta qué punto la URSS está dispuesta a aceptar las clarísimas tendencias centrífugas que se producen en su órbita. Me refiero, en especial, a países como Hungría —que, si pudiera, solicitaría su ingreso en la CEE mañana mismo—, Polonia o Checoslovaquia.

Respecto a la pregunta que se refería a la huelga general, hay que decir que Europa no es un ente abstracto, sino que en ella conviven desde los conservadores británicos hasta los comunistas italianos o franceses y, cada uno de ellos posee su visión particular. Pero, situándonos en Europa, se pueden dar múltiples ejemplos de huelga. Esta mañana, por enésima vez, han pasado por la TV francesa la lista de las líneas del metro de París que siguen cerradas. En Francia hay una huelga de servicios públicos desde hace dos meses, y eso en un país muy centralizado se nota mucho, creando graves problemas a la economía. En Bélgica, que es la otra sede de la Comunidad, en los tres días que he estado he visto una manifestación de la policía, otra de funcionarios y otra de carteros. Por otro lado, la Presidencia no es lo más importante de la Comunidad, pero, ciertamente, si un gobierno está muy preocupado por la situación interior de su país, tenderá a preocuparse menos de los problemas europeos y eso, sin duda, lo deslucirá.

Y, por último, una referencia a la invasión de capitales americano-japoneses. En un país capitalista, aunque sea corregido, está todo en venta. No hay que escandalizarse porque se vendan y compren cosas. La situación actual es que los grandes bloques industrializados, EEUU, Japón y Europa, están en una situación de cierto enfrentamiento, porque los americanos y los japoneses, cuando antes decía que Europa se iba a convertir en un museo, ahora dicen que va a ser una fortalez. Pero, la realidad es que nosotros tenemos más comercio exterior que ellos: el nuestro es del orden del 20 por ciento, mientras que el de ellos el 15 por ciento y el 10 por ciento respectivamente. No estamos dispuestos a ser una fortaleza, pero tampoco un colador. Si creamos el mercado interior para el 92 y, al mismo tiempo, no creamos una política económica y una industria europea y continuamos planteando la competitividad en términos nacionales, estaremos creando una plataforma para las fuertes multinacionales japonesas y americanas. Por lo

tanto, lo que hay que hacer es fortalecer la industria europea. A partir de ahí, estoy de acuerdo con De Benedetti cuando dice que hoy cualquier empresa con tecnología punta no puede estar en un sólo bloque, sino que debe tratar de estar en dos o en tres. Además, el problema no es el de la invasión de capital americano, sino todo lo contrario, que el capital europeo ha financiado el no ajuste de la economía de EEUU durante muchos años. Sería muy positivo repatriar algunos capitales con fines productivos. Concluyendo: en este momento empieza a haber una seria preocupación por el fortalecimiento de Europa entre nuestros socios, algo que me parece positivo.

José Luis BUHIGAS

Intentaré contestar a todas las preguntas que quedaron antes en el tintero y algunas que han surgido ahora.

Al margen de la posible sensación de lejanía o no del peligro de guerra, sea Alemania con el frente central o España con Africa del Norte o Canarias, formamos parte de un proyecto común y la solidaridad debe extenderse a todos los miembros asociados. Si Europa pretende reconstruirse como Europa política y llegar a ser una federación de Estados, no unos Estados Unidos de Europa, debe tener un soporte defensivo. No hay ningún Estado soberano que no tenga como contribución inherente una política exterior y una política de defensa; si carece de ella se la dictará otro y, por lo tanto, perderá el principio de soberanía.

Aparte de esta descripción teórica, me gustaría entrar en casos concretos. Si estamos en un ambiente de distensión, de desarme, con los avances de la *perestroika*, transiciones más o menos pacíficas en muchas partes del planeta, etc., se puede preguntar por qué seguir manteniendo una carrera de armamentos o un proceso de desarme o un sistema defensivo autónomo. Sin embargo, por citar un ejemplo que ha salido recientemente, se ha hablado del Mediterráneo desde el punto de vista económico, cultural o por los proyectos de acercamientos a la Europa comunitaria, pero en la estricta dimensión de la seguridad es fundamental tener una política mediterránea porque la política de defensa tiene dos vertientes, una militar, que es la disuasión, y otra política, que es la distensión. De cara al Mediterráneo, el gran problema en la década de lo 90 y principios de siglo será el demográfico. Las tasas de crecimiento de la población europea son bajas y las de las poblaciones inmigrantes altas. Esta situación puede provocar, como de hecho se ha dado en Francia con el fenómeno Le Pen, actitudes de xenofobia, de racismo, etc. Son situaciones verdaderamente explosivas que se pueden dar en el futuro. Una manera de prevenirlas o una manera de distensión puede ser una especie de Plan Marshall para

toda la rivera del Sur Mediterráneo, de tal suerte que no sólo se hagan inversiones que saneen económica y socialmente a estos países, sino también que democratice sus estructuras internas a través del pluralismo político. Así se convertiría el Sur del Mediterráneo en un foco de estabilidad permanente. Este es un tema clave de distensión adecuada para Europa, para la década de los 90.

Además, hay otras razones por las que se podría justificar la necesidad de mantener un sistema de disuasión autónomo dentro de las siguientes tres líneas generales: mayor autonomía en los temas de defensa de la construcción europea, menor dependencia, en consecuencia, de EEUU y un proceso de distensión Este-Oeste. En concreto, el proceso de distensión Este-Oeste es fundamental para que progrese la construcción de la defensa europea. Sin embargo, aunque la evolución ha sido enormemente positiva, nadie puede garantizar que en el futuro la situación sea estable. Por ejemplo, en la URSS la *perestroika* es una respuesta al hecho incontestable del agotamiento del modelo de socialismo real. Un sistema rígido que tenía una gigantesca burocracia, en ausencia de pluralismo político, una planificación estatal totalmente ineficaz y un peso asfixiante de los gastos militares por fuerza tenía que acceder a una vía de escape. Esta vía de escape o es la *perestroika* en el sentido en que lo está haciendo Gorbachov o es una involución de imprevisibles consecuencias. En estas circunstancias, la posibilidad de una fuga hacia adelante que pueda tener un sistema que se hunde, pero que está dotado de una fuerza militar colosal, es un problema verdaderamente serio.

La *perestroika* se enfrenta a problemas importantes: el eje anti-reformista de sus aliados del Pacto de Varsovia configurado en torno a RDA, Checoslovaquia y Rumanía; problema de nacionalismos, fundamentalmente con el integrismo islámico en la parte asiática de la URSS o el peligro de involución si ciertos sectores aprovechan el descontento popular que se puede producir con los desajustes de paro e inflación. Ante estos problemas es absolutamente necesario apoyar a la *perestroika* para garantizar la seguridad y la estabilidad en Occidente. Hay que incrementar todo tipo de intercambios políticos, culturales y económicos, porque si fracasa, en el mejor de los casos, se irá a una guerra fría, por eso son bizantinas las disquisiciones que hacen algunos analistas occidentales sobre la bondad o malicia de las reformas o sobre si es positivo o no que salgan adelante. Como dice Lord Carrington, y es un ejemplo bastante ilustrativo, prefiero un ruso gordo que uno famélico, y las razones son elementales.

En segundo lugar, hay otro problema latente que no se ha mencionado: la proliferación de misiles y armas nucleares y químicas en el Tercer Mundo con un incremento constante, cuando antes

sólo tenían una panoplia de armas convencionales muy vulgares, y precisamente en zonas de conflictividad caliente. El grupo de los siete países más industrializados de Europa en abril del año pasado, preocupado por este tema, estableció un régimen de control de tecnología de misiles para impedir la exportación de los mismos a estas zonas latentes y estableció el límite de los 300 Km. de alcance y los 500 Kg. Sin embargo, esto no excluye los peligros ni de las armas químicas ni de las bacteriológicas, que son más peligrosas. Si no existe una vigilancia extrema en todo este proceso, dentro de quince años habrá países que posean misiles de estas características en zonas de tensión caliente, con las consecuencias que se puedan derivar.

Un último elemento al que me gustaría hacer referencia, aunque suene un poco a ciencia ficción, es el proceso de miniaturización del material sofisticado. Este proceso hace cada vez más factible el terrorismo nuclear, lo que hasta ahora sólo era objeto de especulación de algunos best sellers. La realidad es que, entre las decenas de toneladas de la primera bomba sobre Hiroshima en el año 45 hasta la miniaturización actual, que ha situado la masa crítica para hacer explotar una bomba es 5 Kg., hay una gran diferencia. La posibilidad hoy de que un grupo terrorista pueda robar en uno de los arsenales nucleares dotados de extremas medidas de seguridad son escasas. Pero, dada la evolución en la miniaturización, asusta pensar lo que puede ocurrir dentro de 10 años si no se toman medidas para evitar esa proliferación.

Por lo tanto, hay una serie de amenazas pendientes que hacen de momento aconsejable mantener un nivel mínimo en función de la evolución de los tiempos. No se puede llevar a cabo un proceso de desarme unilateral, como proponen los laboristas británicos que se ponen con ello trabas a sí mismos para llegar al gobierno, porque es una política irreal por utópica.

Carlos Luis ALVAREZ «CANDIDO»

Trataré de responder muy brevemente a la pregunta que se me ha hecho. Sería lamentable que llegásemos a la disolución de las fronteras interiores con la culminación del mercado único y, a la vez, hiciéramos una muralla exterior. Por ejemplo, en el aspecto cultural, pocos años después de Madrid será capital europea de la cultura Budapest. Habrá un corrimiento hacia el Este, que es evidente y absolutamente necesario, y, por supuesto, hacia el Sur —Turquía, Marruecos—. En cuanto a Hispanoamérica, efectivamente creo que es un tema un tanto gaseoso para la Comunidad, pero en España nos encontramos con una de las obligaciones históricas más evidentes. A España le interesa, incluso sin acudir a grandes palabras ni a grandes textos de consagración de la madre patria,

¿Qué proyecto político europeo?

por razones de conveniencia, porque es un mundo que en el año 2000, con sus potencialidades, sus riquezas en el subsuelo, etc., va a surgir como un geiser. Pero, podríamos empezar modestamente arreglando algunas de nuestras relaciones con Hispanoamérica. La Ley de Extranjería, que en sí misma no me parece bien, aplicada a los hispanoamericanos me parece históricamente injusta. Comprendo que hay unas normas de la.CEE, pero nosotros deberíamos ser muy sensibles.



Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio caro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar • gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel • georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas • a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur • mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean baudrillard • irjs murdoch • rafael alberti • jacques derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita. Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González. 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62